

creibles por alcanzar las notas altas de los pasajes que temía, y es tal la fuerza de la confianza, que acometió, sin mucha desventaja, unas notas que habria creído imposibles para su pulmon si hubiera conocido la superchería de que era victima.

—¡Bravo! exclamó el maestro riendo con todas sus ganas.

—Ahora, el retomelo, dijo el cantor medio ahogándose con los esfuerzos que habia hecho.

Rossini volvió á tomar una nueva serie de modulaciones y trasportó nuevamente la romanza á medio tono.

Lord T. . . se veía en un aprieto; pero estaba cantando en presencia de Rossini, en presencia del dios de la música! Hizo de tripas corazon y gritó sus pasajes difíciles echándose la cabeza sobre los hombros como los perros que dan serenatas á los porteros desatentos.

—¡Bravisimo! exclamó el varon insignificante desafortadamente; Dupiez no lo haria mejor, se lo aseguro á usted.

—¡El retomelo! dijo el inglés jadean-

do, y queriendo á tope en lo que topare salir con lucimiento de su fatal empeño.

Nuevas modulaciones que levantaron por la última la totalidad del trozo, pero en términos imposibles para el mismo Dupiez.

Lord T. . . , exasperado contra las dificultades que no comprendia, se arrojó á ojos cerrados en medio del peligro; pero ¡ay! los medios del hombre tienen límites y los de un aficionado no alcanzan á lo imposible. Cuando el cantor llegó por tercera vez al fatal pasaje que se elevaba por momentos como se eleva el horizonte ante nuestra vista, dejó oír un aullido espantoso que fué la señal de numerosas carcajadas.

—¡Valiente guerrero, pero desgraciado! dijo Rossini jugándose las lágrimas como los demás. . . Milor, prosiguió levantándose, esa romanza lo honra á usted mucho en mi concepto: mucho tiempo hace que el *signor* Monpou no me habia dado un rato tan divertido. . .

STEPHEN DE LA MADELEINE

GLOBOS AEROSTATICOS.

Ahora que el gusto por los viajes aéreos se propaga tanto en Europa, he pensado, señoritas, que cuando todas las inteligencias europeas se ocupan en examinar y estudiar los medios que se pretenden ser seguros para dirigir en el espacio la poblacion de un hemisferio hácia otro, para formar una inmensa union de pueblos y de planetas, he pensado, digo, que no podia dispensarme de dar á ustedes una noticia interesante sobre lo histórico de los globos aerostáticos, este ramo de la ciencia física que hace tan rápidos progresos

y que promete tomar una extension tan grande.

Desde la mas remota antigüedad los hombres, nunca satisfechos con los tesoros que la madre naturaleza ofrece á su vista, han querido penetrar sus secretos mas ocultos procurando viajar por los aires. La primera ascension es sin disputa la que acometió Dédalo y su desdichado hijo Icaro cuando se escaparon del laboratorio que aquel habia fabricado para Minos en la isla de Creta. Dicese de este Dédalo que era tan ingenioso que hacia

estatuas de movimiento. La Fábula nos refiere que las alas de que se sirvió eran de cera, mas la comun opinion es que eran velas de navío lo que empleó para su vuelo. Citan tambien los antiguos á un filósofo de la escuela de Platon, que hizo volar á una paloma de madera.

En 1670 el padre Lana, jesuita de Brescia, propuso un plan impracticable á causa de sus inmensas proporciones. El padre José Gallano, dominico, publicó en 1755 una obra intitulada: "Arte de navegar en los aires ó diversion física y geométrica, precedido de una memoria sobre la naturaleza y la formacion del granizo," la cual es de una dimension mas gigantesca que el otro plan, pues el padre Gallano no propone menos de un cubo de un millon de toesas y un peso de cincuenta y ocho millones de quintales para la máquina, los viejeros y su carga, lo que seria cincuenta y cuatro veces mas pesado que la arca de Noé con todos los animales que encerraba y los víveres que contenia para un año, tiempo que duró el diluvio.

Varios otros medios para elevarse á los aires, tan impracticables como estos, fueron presentándose en diversas épocas; pero no fué sino hasta fines del siglo último, cuando las nubes llegaron á ser accesibles á los humanos, merced á la invencion de los señores Mongolfier¹ que imaginaron los globos. La primera ascension en globo fué ejecutada por José Mongolfier el 6 de junio de 1783, en Annonay². Imaginense ustedes, señoritas, cuál no debió de ser la sorpresa de la multitud que los rodeaba cuando se vió elevarse por los aires aquella tremenda máquina. Llegó á su apogeo la admiracion y no habia quien no tomblara por la vida del atrevido viajero, que era el único que nada temia: sostúvose él durante diez minutos,

pero como estaban unidas las diversas piezas del globo con botones y se escapaba el gas por los intersticios ó huecos que dejaba, José Mongolfier se vió precisado á bajar, quedando siempre consumada con esto la ascension y no faltando ya mas que perfeccionar el instrumento.

Ahora, señoritas, voy á dar á ustedes unos pormenores interesantes sobre la construccion de los globos aerostáticos ó *mongolfieros*.

El globo no viene á ser otra cosa sino una vasta esfera que se llena de gas hidrógeno¹. La esfera está rodeada de una redicilla la cual sirve para sostener la canastilla que queda en la parte de abajo y en la que se coloca el aeronauta. El forro ó cubierta del globo puede hacerse de tela pintada, de papel untado de cola ó aun de papel coriente, de tafetan barnizado ó de *bodruche* ó película de tripa de buey; pero deben preferirse las pieles ó membranas de animales por tener un tejido mucho mas tupido que nuestras mas finas telas. Danse á esta cubierta tres manos de barniz. La redicilla que ciñe al globo fué en un principio hecha con cuerdas, pero como en breve se advirtiera que podia rayar el barniz ó cortar el tafetan, hizose después con cinta de hilo de Runn. La canastilla queda debajo del globo y caida punta de los hilos de la redicilla se ata á ella. Al tiempo de henchir el globo se le acomoda un tubo de cuero, cuya otra extremidad corresponde con uno de los receptáculos subterráneos que alimentan nuestras tiendas y de que están surcadas las calles de las ciudades grandes, lo que es motivo de grandes trabajos para los aeronautas cuando ejecutan ascensiones en ciudades privadas de fábricas, pues entonces se ven obligados á conducir su gas en toneles ó hacer como el desgraciado *Gule*² que en su ascension en Asnières³ tu-

¹ Mongolfier—² Anoné.
Tox. III.

¹ Aire inflamable.—² Gai.—³ Asniér.
P.—20

vo que hacer henchir su globo en Paris, subir en su canastilla y hacerse trasportar así á aquel lugar por hombres que detienen con cables el globo para impedir que se elevase.

Ahora que ya conocemos lo que es el globo y como se construye, digamos algo sobre los paracaídas: pues no basta con que se eleve uno por los aires y suba hasta las regiones de las nubes, sino que también es necesario tener medio de bajar sin peligro á nuestra tierra: el paracaídas ha sido inventado para proteger el regreso de los atrevidos navegantes aéreos.

Este instrumento, como bien lo indica su nombre, ha sido inventado con el fin de precaver los accidentes de una caída demasiado rápida. El paracaídas es un gran pedazo de tela dispuesto en forma de segmento de esfera por medio de varillas: de cada varilla pende una cuerda que suspende á una góndola ó canastilla dentro de la cual se coloca el hombre ó animal cuyo descenso se quiere retardar. En una palabra, es uno como paraguas muy grande con una cuerda atada de cada ballena.

Al caer, el segmento de tela sin teniendo resistencia por la masa de aire que atraviesa, se desenvuelve: lo grande de la superficie que presenta aumenta la resistencia que le opone el aire y retarda por esta razon el objeto suspendido. M. Blanchard, célebre aeronauta, fué el primero que hizo uso de los paracaídas y los adoptó á sus globos para preservarse de los accidentes que hubieran podido sobrevenir á consecuencia de una ascension. El primer ensayo que de él hizo abandonando su globo para dejarse caer á tierra, no le dió un buen éxito, pues se rompió una pierna en Bale; pero los animales que soltó en la propia máquina bajaron sin el menor detrimento.

De entonces acá muchos experimentos de bajadas en paracaídas han sido cor-

nadas del mejor éxito. Sin embargo, esta manera de descender no se usa ya hoy sino muy poco.

Una observacion esencial en la construcción del paracaídas es el darle un desarrollo proporcionado al peso suspendido á su extremidad inferior y de hacer uso de ataderos bastante fuertes para que sin peligro sostengan su peso.

Dos personas han reclamado la invención de este útil aparato, á saber M. José Mongolfier, quien hizo en marzo de 1784 un ensayo de él en Aviñon, con M. de Brante¹, haciendo llover sobre esta ciudad una nube de carneros; y M. Lenormand, quien en un paracaídas de catorce pies² de diámetro y seis pies (ó tercias) de alto ejecutó en el Langüedoc unos ensayos que le salieron muy bien en diciembre de 1788.

Las primeras experiencias que para elevar los globos se hicieron, no se hicieron con el gas hidrógeno, como hoy se practica, sino con aire enrarecido por el efecto del calor. Para henchir el globo se ponía debajo de él un hornillo encendido en el cual se quemaba paja seca y lana machacada, lo que producía el vapor destinado á elevar el globo. El navegante llevaba consigo cierta cantidad de estas materias y tenía en su canastilla un hornillo encendido en que de cuando en cuando arrojaba de estos combustibles para llenar de nuevo el globo cuando el aire enrarecido se escapaba.

Este método era, como se advierte, sumamente peligroso, pues el globo, hecho de materias muy ligeras, á cada momento corría riesgo de inflamarse.

En el día casi nunca se usa del paracaídas. Por medio de un barómetro³ de que tiene un cuidado de proveerse, el aeronauta ve por lo bajo de la columna de mercurio la altura á que se encuentra; y

¹ Brant.—² Lenormand.—³ Cuatro varas dos tercias.
⁴ Instrumento para conocer la pesadez del aire.

cuando quiere bajar, hace salir el gas en cantidad suficiente para suspender la marcha ascendente; y entonces viniendo á ser el peso del globo un poco mayor que el gas que contiene, hace su descenso suavemente, luego tira su lastre, despidiendo gas á medida que se desprende de aquel. Llegado á tierra, echa su ancla sobre algun árbol grande para detener el globo, el que aliviado ya de su carga tiende á subir con fuerza.

Los primeros aeronautas son: José Mongolfier, Pilatre des Rosiers, quienes ascendieron en Paris; Jirant de Villette, en Lion; Andriani, en Milan; Blanchard, Garnerin, etc., etc.; y en nuestros dias: el infelizmente Gale, que acaba de perecer tan desgraciadamente en Burdeos; Godart¹, Green², Merle³ y Poitevin que se ha hecho notable por lo atrevido de sus ascensiones.

Como lo ven ustedes, señoritas, los hombres han logrado al fin subir á la region de esas nubes que veinte generaciones habian considerado como el imperio de las águilas y los condores! ¡El hombre ha llegado á conquistar el espacio! ¿Adónde se detendrán sus conquistas!... Esto prueba que solamente Dios es superior al poder del hombre y que llegare hasta donde llegare nunca verá su apogeo.

Después de la invención de los globos propusieronse mil medios para dirigirlos contra los vientos, tales como remos, ve-

1 Godart.—2 Grta.—3 Merl.

las, aspas de molinos y diversas mecánicas. Aun se ha ideado poner en la canastilla algunas piezas de artillería cuyo retroceso hiziera desviar el globo; pero no habiéndose todavía logrado nada, está por resolver el problema.

Ultimamente hemos visto al honorable M. Petit¹ enseñar en el Palais national² un aparato muy ingenioso para dirigir los globos con el cual hacia todos los dias ensayos en pequeño delante de los espectadores, á quienes exponía su sistema, sistema que desgraciadamente es demasiado costoso para que sea puesto en ejecución.

Dícese que en España este problema tan arduo ha sido al fin resuelto por el señor Montemayor, quien está para embarcarse en Madrid con destino á Londres para recibir la *prima*³ prometida por el gobierno inglés al que descubra el medio de dirigir los globos contra las corrientes. Debe atravesar la Francia y la España pasando por encima de los Pirineos y la Mancha.

Animo y buen éxito á este innovador aéreo.

Confiamos en que merced al señor Montemayor, ustedes, señoritas, podrán como unas blancas palomas echar sus paseos por los aires, ver á vuelo de ave la China, el Brasil y la Europa.

FÉLIX DURONT.
(Traducido para la Semana.)

¹ Petit.—² Palé national (Palacio nacional).
³ Prima (prim): la cantidad prometida por premio.—M. L.

LA BRUJA Y EL JUEZ.

Una vieja fué conducida ante el eminente magistrado inglés lord Mansfield como hechicera, y entre otros cargos ridículos hiciéronle el de caminar por el aire. Escuchó fríamente la acusacion y las pruebas y luego absolvió á la acusada diciendo:

—Mi opinion es que á esta buena mujer se le deje ir en paz á su casa, dejándola que lo haga andando por la tierra ó por el aire, como mas sea de su agrado, pues no hay nada que sea contrario á las leyes de Inglaterra en ninguno de ambos modos de andar.

MISCELANEA.

RAICES BULBOSAS.

Para proteger la florescencia de las raíces bulbosas tómense tres onzas de nitró, una onza de sal, media onza de potasa, media onza de azúcar y disuélvase en un cuartillo de agua lluvia. Ténganse las vasijas cerca de la lumbre y cámbiese el agua todos los días, poniéndole cada vez que se cambie cosa de media cucharadita de la mixtura dicha.

EL ARTE DE VIVIR COMPLACIDO.

Las penas y los placeres de este mundo dependen principalmente del ánimo con que se ejecutan nuestras obras; de suerte que la acción, el entretenimiento que nos sea mas grato, luego que nos ocurre considerarlo como un mal se nos vuelve un tormento. Nuestros deberes rara vez nos serian repugnantes si no nos encaprichásemos en verlos como tales.

GALANTERIA.

La aspereza del doctor Parr, hombre de letras distinguido entre los ingleses, solia ser extremada con las señoras. A una dama que se habia atrevido á contradecirle con mas acaloramiento que razones y que después se excusó diciendo que "era privilegio de las mujeres el hablar disparates."

—No, señora, replicó, no es su privilegio, sino su enfermedad. Los ángeles caminarían si pudieran, ¡pero solo les permite la naturaleza el que anaden!

LA LUNA.

Así como este orbe deriva su luz del sol, y refleja una porcion de ella sobre la tierra, así la tierra hace lo mismo respec-

to de la LUNA, y esa luz que la tierra refleja sobre el lado oscuro de la LUNA puede percibirse distintamente por medio de un telescopio comun de tres á seis ó ocho dias después del cambio. Que este planeta está tambien poblado de criaturas sensibles é inteligentes, hay sobradas razones para creerlo por la consideracion del paisaje sublime que adorna su superficie y es sumamente probable que se lleguen á alcanzar pruebas directas de que está poblada la LUNA cuando todas las variedades de su faz se hayan examinado mas prolijamente.—DICK. El filósofo cristiano.

LA INFANCIA.

La infancia es como un espejo que recoge y refleja las imágenes que están á su derredor. Téngase presente que un pensamiento profano ó impio profetizado por un padre de familia puede obrar en el tierno corazón como una rociada de agua que descuidadamente se echa sobre acero bruñido, manchándole con una herrumbre que ninguna cosa puede limpiar.

ENIGMA.

Todos dicen que soy vario,
Llámanme tardó y ligero,
Y que al pobre, al caballero
Robo como gran corsario,
Siendo un viejo pasajero.

La solucion en el numero siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:
SHADOW.—LA SOMBRA.

LA NOVENA DE LA CANDELARIA.

POR CARLOS NODIER

II.

He dicho que la extraña ilusion que llenaba toda mi vida, que absorbía todos mis pensamientos desde la noche de la Candelaria habia venido á ser para mí equivalente á las verdades mas positivas. El resultado de mis pesquisas le habia dado una verisimilitud suma. El concurso inesperado de los proyectos de mi padre con la época y las circunstancias de mi sueño, le hacia salir de la esfera de los sueños comunes. Ya no era un sueño, una revelacion era: el mismo Dios compadecido de la sumision de mis plegarias me habia elegido la esposa que yo traté de buscar. Esta idea aumentaba mi dicha con toda la seguridad de que necesitaba la dicha pasajera de los hombres para ser realmente algo. Dispuesto yo por carácter á recibir fácilmente la impresion de lo maravilloso, abandonéme sin resistencia á aquella idea. Los corazones como el mio no tendrán trabajo en comprenderme.

Apechugué por la vez primera con el pensamiento de una ventura cuya serenidad nada parecia deber turbar: volaba y hacia Cecilia con toda la confianza, con todo el abandono de mi corazón, y por efecto de un singular encuentro que me parecia dispuesto adrede para mí, el fin de aquel grato invierno habia tomado de pronto las gracias y hasta el atavío de la primavera. La escarcha habia desapareci-

do de la base de la cima de las montañas, un aire tibio y aromático circulaba por entre las ramas siempre verdes de los pinos, los renuevos precoces de los otros árboles comenzaban á teñirse de esos matices de un rojo bermejo con que se aseitan los retoños impacientes por brotar, y una multitud de florecillas extrañas en la estación aquella, esmaltaban la yerba como una sembrera de perlas. No estábamos sino á fines de enero, y sobrecogiómese un extraño pánico cuando noté que el día de la boda de Clara era cabalmente el día de la Candelaria. Llegué á buen tiempo para hallarme á la celebracion: un gozo modesto y religioso, sin mezcla de inquietud alguna, llenaba los ánimos todos, la fisionomia de los novios expresaba un contento perfecto, pero celestial, pues era sereno y contemplativo. El manco era bien parecido, estaba lleno de ternura y obsesivo, y serio con todo; de suerte que se le hubiera tomado antes que por el venturoso novio del día anterior, por un ángel enviado por el Señor para presenciar el matrimonio de una cristiana. Concluida la ceremonia, lleguéme á mi prima y dijele muy quedito, llevando á los labios mi mano:

—Me complazco en creer, amiga, que ese esposo es el que te fué anunciado en la velada de la Candelaria.

Clara levantó la vista hacia mí ponién-

dose colorada, con una mirada que parecia significar.

—¿Cómo lo sabes?...

Y luego me contestó apretándome la mano.

—No me hubiera yo desposado con ningun otro.

¡Oh! no, sin duda, pues ella sabia bien que aquel destino de su vida, Dios era el que se le habia deparado. Sentíme agitado de una ternura deliciosa é imposible de ser descrita al considerar que á mi tambien me aguardaba una felicidad semejante.

Mientras que las fiestas del casamiento de Clara me detenian en el bosque de Arcey algun tiempo mas del que yo hubiera apetecido, mi excelente padre habia dado aviso al coronel Savernier de mi visita, de la cual este, curioso de conocerme desde luego, no habia querido decir nada á Cecilia. Cuando hube presentado al coronel mi carta, contentóse con mirarla y sonreirse, y viniéndose á mí con los brazos abiertos:

—No necesito, me dijo con tierna cordialidad, de preguntar por tu nombre: eres tan parecido al amigo de mi juventud, que me parece verle aun cuando todas las mañanas llamaban á uno de nosotros junto al otro. Solo que eres un poco mas grande. Sé bien venido como un amigo, como un hijo, si tu corazon logra darse á entender, como lo espero, del de mi Cecilia. Y por ahora siéntate y descansa mientras que leo la carta de tu padre y te considero mas á mis anchuras.

La amabilidad de este recibimiento me hizo asomar á los párpados algunas dulces lágrimas que procuré reprimir derramando la vista por el interior del aposento: un sombrero de paja, guarnecido con un hermoso liston azul celeste, estaba colgado de un elavio; era de Cecilia. Habia una harpa en uno de los ángulos del salon;

era de Cecilia. Una bolsa de mallas de acero habia sido abandonada con descuido encima de un sitial inmediato al mio, y distinguia yo fácilmente en él la cifra claveteada que me habia sorprendido la noche de la vision; era la cifra de Cecilia.

¡Y si después de todo no habia sido Cecilia!... Esta especie que antes no me habia ocurrido sorprendió mi ánimo y me helé de terror. Encontrárame yo empujado de la manera mas sagrada, mas irrevocable, por virtud de los deseos que yo manifestaba á mi padre, por el paso que daba con M. Savernier, y mi ciega precipitacion no conduciria tal vez mas que á separarme para siempre de la esposa que me estaba prometida. Mortal calorío corria por mis miembros cuando alcancé á ver lejos de mí un retrato de una mujer jóven tocada la cabeza con un sombrero de paja; recogí todas mis fuerzas para llegarle de prisa adonde estaba, persuadido de que aun la torpeza de un pintor de villorrio no habria logrado disimularme del todo las facciones que tan bien grabadas tenia yo en mi pecho. Llegué, quedéme petrificado de despecho: un rayo caido sobre mi cabeza no me habria herido mas cruelmente. Era el retrato de una mujer preciosa, cuya fisonomia tenia alguna semejanza con la de mi Cecilia imaginaria. No era ella.

Flaqueábanme las piernas, cuando el brazo de M. Savernier que me ceñia el cuerpo, me sostuvo.

—¡Ay! me dijo enjugándose una lágrima, no verás nunca viva á esa! ¡es Lidy, mi bella y amable Lidy! ¡la madre de nuestra Cecilia! ¡Ojalá nunca pruebes tú, como yo, el horrible dolor de sobrevivir á la pérdida del objeto que amas!...

Volvíme hácia él, reclinéme contra su seno y regué con mis lágrimas sus mejillas, pero sin descubrir en medio de mi trastornado espíritu, si aquel llanto era e-

fecto de mi entornecimiento ó de mi alegría. No habia ya nada que desmintiese mis esperanzas, nada habia ya que no pareciese confirmarlas. Mi terror se desvaneció.

—Sí, tú serás mi hijo, repuso M. Savernier con el acento de una resolucion solemne, ¡tú serás mi hijo, pues eres sensible! Tú serás el esposo de Cecilia, si consiente ella. Y ¡por qué no habia de consentir! añadí mirándome con complacencia y volviendo á abrazarme. Todavía no habia ceñado de ver que fueras tan buen mozo. Platiquemos ahora, prosiguió haciéndome sentar á su lado y tomándome una de mis manos. El bien parecer no permitia que te alojaras en mi casa, pero en ella nos veremos todos los dias, durante el tiempo que tienes que pasar en Monbeliar antes de volver á continuar tus estudios. La grata intimidad que debe preceder á un vínculo serio é inviolable se establecerá por sí misma. Es menester no proceder de ligero en los negocios que afectan la vida entera y la eternidad. Esa época de probacion tiene por otra parte un hechizo que aun en tiempos de ventura solemos echar menos, y me imagino que no habrá dejado de advertirtelo como yo: y luego estas probaciones no son ni largas ni rigorosas, pues los ancianos tienen mejores razones todavía que los mozos para apresurarse á ser felices. Yo te digo todo esto como si no me cupiera duda sobre el consentimiento reciproco entre mi hija y tú, y no permita Dios que me engañe. Pero yo me veo autorizado para hablarte así por las comunicaciones que tu padre me ha dirigido, y por las cuales advierto con mucha admiracion que tú amas ya á mi Cecilia. Lo que hay de mas extraño, si es dable, es que su candoroso corazon que nunca me ha ocultado nada, se siente arrebatado hácia tí de la misma inclinacion, aunque nunca se

hayan visto ustedes. . . á menos sin embargo que mi vigilancia haya sido burlada por alguno de esos artificios que la juventud practica por instinto y que olvida la vejez. ¡Ah! ¡te lo declaro! este es un punto sobre el cual deseo con ardor explicaciones, y mi buena y franca amistad para contigo me hacen merecedor á ellas. . .

Mirárame el coronel de hito en hito, y la turbacion en que me ponía su pregunta no podia escapársela. Bajé los ojos, tubeté, busqué respuesta y no hallé ninguna.

—Juro por mi honor, caballero, respondi al cabo, que yo no he visto nunca á Cecilia, que nunca he visto su retrato, y que jamás he tenido la osadía de escribirle, que su nombre apenas hacia dos dias que le sabia cuando le profirió en mi presencia mi padre. Sin embargo, la amo desde hace cerca de un año, ¡la amo para toda mi vida! ¡La amo mas aun de lo que me creia capaz de amarla, desde el momento que usted se ha dignado darme á saber que nuestras almas se habian entendido! ¡Esta es la pura verdad, señor! ¡Lo demás es para mí un misterio incomprendible!

—Incomprendible en efecto, repuso M. Savernier con aspecto meditabundo, completamente incomprendible; pues entiendo que tú no mentarás! . . . ¡Y sin embargo! . . .

—Y sin embargo, nada he disimulado á usted: pongo por testigo á esa potencia desconocida que me ha deparado tantas felicidades y que ha sembrado en mi seno el amor cuyo premio vengo á solicitar de usted. ¡No hay por ventura ejemplares de esas simpatías que se apoderan de nosotros sin que lo advirtamos y que nos arrastran con toda la vehemencia de la pasion! La Providencia que vela por la felicidad venidera de las familias, ¿no ha preparado nunca acaso, en el tesoro de sus mercedes, correspondencias semejantes?

Lo que ha hecho por todos los demás seres criados nunca lo ha hecho acaso para el hombre? Lo que yo ignoro profundamente y es sin embargo lo que me importa creer, es que no tengo otra ninguna explicación que dar á usted.

—¡Buena! ¡bueno! repuso el coronel. ¿Quién no creyera que se han puesto de acuerdo! ¿No sería menester creer ahora que se han visto y amado en sueños? Si llega á vulgarizarse el secreto de este género de citas, ¿de qué servirá la vigilancia de los padres? La desafia á que se ponga á impeliirlo. En fin, ¿qué importa, añadió, con tal que ustedes se amen, pues no apetezco otra cosa? Esto es lo que tenemos en breve de saber todos de una manera mas positiva, pues vas á comer con Cecilia. . . . mañana.

—¡Mañana! exclamé.

Y no tardé en arrepentirme de este indiscreto desahogo; pero yo me habia lisonjeadó de verla mas presto.

—Mañana, dijo él sonriéndose. No es tan presto como tú querías; pero no es tan dilatado plazo que te cause una verdadera aflicción. Ese mañana tan temible para los amantes no es la eternidad sino para lo finados. No habia yo querido avisar á Cecilia tu llegada: habíame reservado el placer de descubrir en la primera vista de usted, cuando ya me fueras conocido un poco, lo que hay de real en la simpatía de ustedes, y presentándose la ocasión de tener á mi hija ausente cuando yo te esperaba, me apresuré á aprovecharme de ella con mucho gusto. Una crecida familia católica del país en la que Cecilia cuenta con seis amigas por lo menos, hermanas todas, solemniza hoy el cumpleaños de una buena abuela que es mi vieja amiga. Como los largos retiros de la Candelaria se han concluido, y el tiempo que falta de aquí á la cuaresma está por un uso inmemorial consagrado á diversiones mas ó me-

nos inocentes, pero que no veda la religion, se bailará, habrá regodeos, disfraces y aun creo que mascaradas. No te asustes, muchacho: el programa de la fiesta no admite sino á las mujeres, y ningún hombre tendrá cabida, sea marido, padre ó hermano, antes de la hora en que conviene que las mansas ovejas vuelvan al redil. Entre tanto, vamos á comer, pues ya nos llama Dorotea.

Nuestra pequeña comida fué tan agradable y alegre cuanto podia serlo sin Cecilia, pues M. Savernier era de un genio cordial y festivo, como la mayor parte de los hombres de cierta edad cuya vida ha sido buena y honrada. Ya que estábamos para levantarnos de la mesa:

—¡Sabes, díjome de pronto, que me ocurre un pensamiento que te dará mucho gusto probablemente, pues tu impaciencia se ha descubierto poco ha por medio de un movimiento que no me ha engañado? Procuraremos siquiera entretenerla hasta mañana, pues que mañana te parece lejano, y mira cómo. Me parece que te habrás tranquilizado acerca de las personas que componen la tertulia en que hoy se halla mi hija, afirmándote que solamente se admiten á ella á los parientes, y esto es la pura verdad; pero no es tan rigorosa esta regla que no pueda yo quebrantarla en tu favor. Entraré yo solo primero y con cuatro palabras dejaré allanadas todas las dificultades. Un criado, apostado de antemano, esperará que yo le haga la señal convenida para introducirse, y serás recibido, sin mas explicación, como amigo de la casa. Convenimos en que haremos nuestro papel con toda la destreza que podamos, y que cuidaremos de dar á entender que somos extraños uno á otro. De esta suerte podré apreciar lo que hay de verdadero en esas maravillosas simpatías de que poco hace me hablabas; pues nada te impedirá ya que no de ver á Ce-

cilia, de hablarle con libertad, y espero que no te costará mucho trabajo el conocerla bajo el disfraz de novia de Monbeliar.

—¿Está disfrazada de novia de Monbeliar, dice usted? ¿De novia de Monbeliar? ¿seria posible!

—¡Bien, sí! de novia de Monbeliar; prosiguió sin hacer caso de mi agitación, cuyo motivo no sospechaba. Eso es de buen agüero, ¿no es verdad? Es un traje tan gracioso y tan del gusto de las jóvenes, que mas de una de sus compañeras podria haberle elegido como ella: si así fuere, podrás distinguirla entre las demás por un ramito de mirto separado de un ramillete que ha tenido el antojo de atar sobre su seno y por el cual yo tambien debo conocerla.

Esta segunda circunstancia que me traía á la memoria tan vivamente una de las particularidades de mi sueño, me causó una nueva emoción; pero logré enseñorearme de ella, y no respondí á la propuesta de M. Savernier sino con las manifestaciones de la mas tierna gratitud. Una hora después ya estaba ejecutado su proyecto en todos sus puntos, y hallábase yo al lado de Cecilia. Fácilmente la distinguí en los indicios que me habia dado su padre. Aun me pareció que sin ellos la hubiera conocido. Ella por su parte habia manifestado alguna perturbación al legarme yo, y cuando hube obtenido permiso de tomar un lugar que habia quedado desocupado junto á ella, creí advertirle que temblaba.

—Disimule usted, le dije, una temeridad que la máscara y el disfraz explican á lo menos un poco. Como extraño que aquí soy, tal vez incomodo á usted con la compañía de un desconocido; y mucho dudo que mis facciones le traigan á usted á la memoria uno de esos recuerdos que dan materia á las maliciosas pláticas de un baile de máscaras.

Tom. III.

—No comprendo yo ese género de placer, contesté ella, ni tampoco imagino circunstancia ninguna que pudiera inspirarme el capricho de disfrutar de él. En todo caso, usted no tendria que temer de mi parte esas pequeñas contrariedades con que se entretienen aquí todos, y que á lo que parece les divierten; pues en efecto no creo haber tenido nunca la honra de ver á usted.

—¡Nunca de veras! . . . díjelo.

—Nunca, interrumpió con una risa forzada, si no es quizá en sueños, y puede usted creerlo como se lo digo, pues soy incapaz de fingir; ni siquiera he pensado en mudar la voz.

Era su voz en efecto, la voz aquella que yo habia oído hacia un año, pero que no habia cesado de resonar en mi corazón.

—Permítame usted entonces, repliqué con calor, que busque entre nosotros algun punto de contacto que pueda suplir por la grata confianza de un conocimiento previo: mi nombre, ó mas bien el de mi padre ha debido ser proferido mas de una vez delante de usted por el suyo, y yo no ignoro que la hija de M. Savernier es la persona con quien hablo. ¿Mi nombre seria tan desventurado que no despertase en el alma de usted ninguna especie de simpatía? Me llamo Máximo. . . .

Y apenas habia yo pronunciado dos sílabas mas, se estremeció mirándose con unos ojos en que parecia expresarse una mezcla de enternecimiento y terror.

—¡Sí, sí! exclamó con inmutado acento, bien conozco el nombre de usted. Es muy grato á mi padre. . . . y á mí tambien. . . . porque nos recuerdan lo que no se borra nunca de un corazón honrado, ¡la gratitud! . . . Con que es verdad, prosiguió Cecilia hablando consigo como si hubiera de repente olvidado mi presencia, pero de manera que no dejaba escapar:

P-21

me ni una de sus palabras... ¡No era una ilusión! todo se ha cumplido hasta aquí, todo se cumplirá sin duda... ¡Hágase la voluntad de Dios!

Y entregóse á un tético abatimiento, que pareció aniquilar todas sus fuerzas.

Una de sus manos casi tocaba mi mano. Apoderéme de aquella su mano sin que ella hiciese el menor esfuerzo por retirármela. Solamente se me quedó mirando con mas atención.

— ¡El es! dijo.

— ¡Oh! mi vista no debe causar á usted ningun sobresalto, repuse estrechando con las mías sus manos. El afecto que me ha traído hácia usted es puro, tanto como el corazón de usted, y cuenta con la aprobación de un padre que solo piensa en que sea usted feliz. Usted es libre, Cecilia, y nuestra suerte futura de nadie mas que de usted depende.

— Nuestra suerte futura tan solo de Dios depende, respondió inclinando la cabeza sobre el pecho con un suspiro profundo... Pero usted ha hablado de mi padre, sin duda le ha visto usted ya. Él sabe que á estas horas de la noche me ataca desde hace algún tiempo un accidente inexplicable que me ahoga y me mata. ¡Tenia yo tantos deseos de precaverlo! ¿Cómo no ha venido mi padre!

Aunque el coronel me había dicho de este accidente que no inspiraba temor alguno, la expresión de congoja que acompañaba aquellas palabras me heló la sangre. El padre de Cecilia se había parado delante de nosotros en el momento que ella parecía buscar por la sala con una mirada inquieta. Admiréme de que no le hubiese ella visto.

— Aquí me tienes á tu lado, dijo él ciñéndola con un brazo que la sostuvo, pues ella iba á desmayarse.

Apoyóse la jóven en su seno y pasó así uno de esos instantes de angustia que son

tan largos para el dolor. Una de sus manos, que yo no había soltado, se había primero encogido bajo mis dedos, habiéndose luego aflojado y enfriado, como si la hubiera invadido la muerte. Exhalé un grito de terror.

Habian acudido las amigas de Cecilia, y con los auxilios que le prestaban habian descompuesto su cara. ¡Ay! dispáronse todas mis dudas, pero una horrible palidez cubria aquellas facciones tan gratas á mi memoria. Sentia yo tambien que la vida estaba á punto de escapárseme, cuando Cecilia respiró, levantó la cara y clavó sus ojos en las personas que la rodeaban.

— ¡Ah! dijo, ya está; ya estoy mejor, estoy viva, ya no padezco. Dispénsenme todos, se los agradezco. Esta crisis nunca es larga, pero hubiera yo querido evitarles el susto. Era necesario ó no haber venido ó haberse ido antes. Y sin embargo, añadí medio volviéndose de mi lado, sin embargo me pensaría de no haber venido ó de haberme ido demasiado presto. Ya no quiero tener á ustedes distraídos de su diversion: el aire y el andar van á concluir de sanarme.

Partimos á poco, y M. Savernier, tranquilizado, me confió el brazo de su hija. Estaba ella junto á mí, al lado de mi corazón. Comunicaba yo libremente con su pensamiento; respiraba, yo su aliento; eran míos, exclusivamente míos y los disfrutaba yo, los diez minutos de vida completa y feliz que Dios me tenia reservados sobre la tierra, y gozábalo yo con delicia, pues ningun pesar alteraba su pureza. Cecilia no padecía ya, habládole ella misma, repetíalo á cada paso. Caminaba con ligereza y seguridad, representaba sentirse feliz; rotase al hablar de caprichoso mal, que no la atacaba mas que para asustarla por la incertidumbre y la rapidez de nuestros gustos. Su padre,

ciñéndola con un brazo, se felicitaba de verla tan buena y de poder atribuir el accidente pasajero que acababa de tener á la fatiga del baile ó á alguna emoción repentina cuyo misterio se rehusaba alegremente á penetrar. Era muy corto el espacio que teniamos que andar, y no atinaba yo á saber si me convenia desear que se prolongase sin fin para eternizar la felicidad pura que gustaba, ó que llegase mas breve su término para procurar mas presto á Cecilia el reposo que necesitaba. Llegamos: la mano de Cecilia se desasina ya de la mía, y no sé qué me anunciaba que sería muy larga aquella noche. Así de nuevo aquella mano que se me escapaba, y no me atreví á llevarla á mis labios; pero estrechéla quizá con mas amor y creo que la mano de Cecilia me correspondió... Habíase abierto la puerta.

— ¡Hasta mañana! dijo el coronel, ¡hasta mañana! Mañana, el mas hermoso día de nuestra vida de nosotros todos si no salen fallidas mis esperanzas... Pero ya ha pasado media noche; la hermosa mañana próxima debe de estar ya cerca de su segunda hora, y Cecilia necesita dormir mucho, pues su salud nos ha dado un poco de cuidado. A las cuatro de la tarde, prosiguió abrazándose, y para entonces estaremos los tres á la mesa, mientras sucede otra cosa. Muchas ocupaciones pueden acortarte el tiempo que falta para que volvamos á vernos: el sueño, el tocador y la esperanza.

Entráronse: la puerta giró sobre sus goznes, y Cecilia con voz inmutada me dió una despedida que hoy todavía oigo.

El sueño que el coronel me había prometido no me otorgó sus dulzuras, y atódelo en balde hasta la salida del sol, en un insomnio desasosegado y calenturiento, cuyo sobresalto no sabia yo á qué atribuir. No vino mas tarde á sorprenderme sino para hacerme cambiar de su-

plicio. Veia yo siempre á Cecilia; pero veíala cual se me había aparecido un momento, pálida, desmayada, cubierta la faz con las sombras de la muerte; ó si no, veíala inclinando á mi oído su cabeza velada con cabellos esparcidos y repitiéndome aquella despedida siniestra que poco antes me había dirigida. Volvíame yo entonces hácia ella para detenerla, y no agarraban mas que un vano fantasma mis manos. A veces sentia yo en mi rostro como el soplo de una ave nocturna que pasa junto á uno volando, y me esforzaba por seguir con la vista el desconocido objeto de mis temores, percibia de nuevo á Cecilia que huia por los aires con alas de fuego, llamándose á que la siguiera.

— ¡No vendrás! gritábame con un largo gemido. ¿Por qué me has dejado partir primero! ¿Qué será de mí en estos desertos si no me acompaña alguien que me ame y me proteja?

— Ya estoy aquí, respondí yo por fin.

Y el ruido de mi voz me despertó.

Muy adelantado estaba ya el día. Habíase prolongado aquella noche interminable con todas las horas de la mañana. Un domingo era; llamaban á la última misa en la capilla católica.

Ya mas de una vez me había yo reprochado el no haber aun reconocido por medio de ningun testimonio de devoción el beneficio de mi protectora divina. Puden prisa á ir á la iglesia y á juntarme con el corto número de los fieles. Llegó á tiempo que el sacerdote iba subiendo al púlpito. Era el sacerdote un hombre de cabellos canos, y en su noble rostro se veia pintado un pesar profundo, templado por la resignación y por la fe. Paróse un rato delante de mí, quedéme mirando, como si le hubiera sorprendido la vista de un cristiano extraño á su ordinario auditorio, ó como si al punto de verme le hubiera preocupado alguna impresión que le

representaba yo en su mente. Suspiró, pasó, subió al púlpito, empleó allí algunos minutos en un acto de adoración á que me asocié con fervientes oraciones, recogíose y habló. Su arenga tenia por objeto las vanas esperanzas de los hombres que ponen su porvenir en las cosas de la tierra y que arreglan su vida sin contar con los decretos eternos de la Providencia. Deploraba la vana presunción de la criatura, cuya débil inteligencia no puede alcanzar ni las causas ni los motivos de las cosas mas simples; que nada sabe de lo pasado, que nada sabe de lo futuro, que nada sabe de lo que atañe á sus únicos intereses verdaderos, los intereses de su alma inmortal y que se irrita hasta el despecho por unos miserables chascos de esta vida fugitiva, porque es incapaz de penetrar dentro de las miras secretas de Dios.

—Y sin embargo, añadia él, ¿qué viene á ser esa vida que absorbe todos nuestros pensamientos, para que se dé la menor importancia á sus mas serias vicisitudes? ¿Qué es la pobreza? ¿qué es la desgracia? ¿qué es la muerte? ¿que son estos sino unos imperceptibles accidentes de posición y de forma en la inmensidad de los siglos que os pertenecen? Probaciones necesarias de una alma mal consolidada, ó condiciones irrevocables del órden universal, estos accidentes que indignan á vuestro orgullo y que destruyen vuestra confianza, deben tal vez concurrir, en el plan sublime de la creacion, al conjunto de su maravillosa armonía. Lo que es, es lo que debe ser, puesto que Dios lo ha permitido. No sabeis vosotros por qué lo ha permitido, ni tampoco podeis saberlo: pero lo que no sabeis vosotros, Dios lo sabe!...

El lenguaje del venerable sacerdote era nuevo para mí. Las meditaciones en que me habia sumergido de tal suerte absorberon mis facultades, que apenas eché de ver mi soledad en medio del templo en el

instante que el sacristan estaba apagando las últimas luces del santuario. Era la hora que me habia indicado el coronel, la hora con tanta impaciencia esperada, la hora tan lenta en llegar, la hora en que debia yo por fin ver á Cecilia... á Cecilia de quien podia yo creerme amado, á Cecilia que yo adoraba... Nómbréla en alta voz como si ya hubiera podido oírme, y todas mis ideas, todas las inexplicables inquietudes que me tenian desde la víspera atormentado, desaparecieron con el sentimiento de mi felicidad. ¡Tan perfectamente me parecia saber que era mía, y que mia era para siempre!

La calle por donde yo iba y que el día anterior habia yo visto casi desierta, estaba llena de gente. Al principio atribuí esta novedad, á la solemnidad del domingo; pero no pude alcanzar por qué aquella multitud que la huelga de un día de fiesta debia tenerlos en movimiento por todos lados, se estaba inmóvil ó se limitaba á formarse acá y acullá en silenciosos grupos. Como yo tenia prisa por llegar me abrí rápidamente paso por entre aquellas pequeñas reuniones, y no les cogía sino por acaso algunas palabras confusas sin importancia la mayor parte.

—Una neurisma, decían unos, no se muere de aneurisma á esa edad.

—Uno se muere cuando le llega su hora, respondia el interlocutor.

Un poco mas lejos, un jóven que parecia tenerme envidia,

—Qué no diera yo por ser como ese forastero, decia: ¡siquiera no la conocia!

—A las dos y media, al salir del baile, decia mas allá llorando una jóven ataviada y cubierta con su velo... ¡Bien decia ella que nunca seria novia!

Una luz horrible alumbró mi entendimiento. No estaba yo mas que á veinte pasos de la casa: corrí hasta llegar á ella... ¡Dios mío! tantos años como han pasado

no han podido debilitar la impresion de aquel momento horrendo!

La puerta estaba vestida de blanco; en la calle de árboles habia un ataúd vestido de blanco. Unos cirios lo rodeaban.

—¿Quién ha muerto, quien ha muerto en esta casa? ¡grite agarrando del brazo á un hombre que parecia estar cuidando aquel aparato.

—La señorita Cecilia Savernier.

Café sin sentido en tierra, y cuando volví en mí, en raros intervalos, habia perdido el juicio. No sé cuánto tiempo duré así.

Sin embargo, volví á abrir enteramente mis ojos á la luz, pero mucho tiempo estuve sin pensamiento, reflexion ni memoria. Acababa yo de adquirir el sentimiento de que vivia, pero sin saber aun lo que yo era: ¡ojalá me hubiera yo quedado así!

Cierto movimiento que se hacia cerca de mí, el rumor de un suspiro, de un sollozo quizá, llamó por último mi atencion. De pie junto á mí, alcancé á ver un sacerdote que conocí por el mismo anciano eclesiástico cuyas poderosas y severas palabras habia oido yo un día: mirábame con el aspecto impassible de un juez que no esperaba mas que una palabra de mi boca para condenarme ó absolverme. Mas allá, por los pies de mi cama, otro anciano acababa de levantarse de su asiento, y se precipitó hácia mí tendiéndome sus trémulos brazos.

—¡Padre! exclamé buscando sus manos para llevarlas á mis labios, ¡padre mío! ¿es usted?... .

—¡Ya me conocí! dijo: ¡ya ve usted cómo me ha conocido! ¡Se ha salvado mi hijo!...

Comenzaban mis ideas á aclararse; desprendíase lentamente mi pasado de entre la noche de mis sueños.

—M. Savernier, dije á mi padre, y M. Savernier ¿dónde está?

—Se ha marchado, respondió mi padre: ha vuelto á las extremidades de la Europa; pero el tiempo debilitará quizá su resolución, y todavía tengo esperanzas de volver á verle.

—¿Y Cecilia, Cecilia! repuse con exaltación. ¿Cecilia tambien se fué? Cecilia, ¿qué han hecho con Cecilia? proseguí deteniendo á mi padre de la mano. ¡Oh amigo mío! ¿se lo suplico á usted! respóndame usted sin disfraz, pues me siento fuerte y sereno. No engañe usted á mi corazón, que nunca le ha engañado usted. Aquí, aquí habia una jóven doncella á quien llamaban Cecilia; yo la ví ayer en el baile, le hablé, yo le apreté la mano con esta mano que aprieta la de usted... ¿Seria verdad que hubiera muerto?

Volvió el rostro mi padre rompiendo en copioso llanto, y fuése á dejar caer en un sitial al otro extremo del aposento.

—¡Ha muerto! dijo el sacerdote. El Señor no ha querido que la union á que aspiraban ustedes pudiese verificarse en la tierra. Ha querido, sí, hacerla mas acrisolada, mas dulce, mas durable, inmortal como él mismo, retardándola por unos cuantos minutos fugaces que no merecen contarse en la eternidad. La novia de usted le espera en el cielo.

—¡Y qué repliqué mirándole de hito en hito, ¡le parece á usted que no está el cielo cerrado para la ternura de los amantes y de los esposos! ¿Cree usted por ventura que tambien el amor ha de resucitar para un porvenir sin fin... que dos almas separadas para la muerte podrán volar una hácia otra y ambas hasta la presencia del Dios que las formara, sin ofender su poder, y que yo tengo de volver á hallar á Cecilia?

—Yo creo firmemente, respondió, que en la vida del hombre la muerte no pone término sino á los errores y á las plagas de la vida; creo que el alma es la bondad,

la caridad, el amor, creo que todos los sentimientos tiernos y virtuosos que Dios había puesto en nuestros corazones participarán de nuestra inmortalidad, que ellos compondrán su dicha inmutable y sin mezcla, y que se confundirán sin perderse en el amor de Dios en que se encierran todos.

— ¡Oh! el amor del Dios que usted me da á comprender, dije empapando sus manos con mis lágrimas, es el mas natural de los sentimientos de la criatura, como el primero de sus deberes. Pero ¿por qué me ha arrebatado á Cecilia?

— ¡Con qué derecho, mozo, exclamó, pides cuenta á Dios de su voluntad soberana? ¿sabes por ventura si con el golpe que te ha dado no ha llevado por mira tu felicidad, y si su presciencia infalible no te ha procurado una dicha que pasa breve? ¿conoces acaso todos los escollos que podían destrozarte tus esperanzas, todos los venenos que podían acibarar tus gozos, todos los sucesos que podían relajar ó disolver tus vínculos si no los hubiera él puesto al abrigo de los peligros de esta vida pasajera? Solamente desde hoy tienes adquirida la posesion de Cecilia sin zozobras y sin tribulaciones, pues Dios es quien te la guarda. ¿Te atreverías á tenerle á mal que haya velado por tus intereses mas atentamente que tú, y que se haya encomendado de tu porvenir todo entero, para tornártele en cambio de una débil é incierta porcion de tu porvenir infinito que tal vez te hubiera hecho perder el resto? Cuando tu padre te exigió que se cumpliera un año entre el momento que accedía á tus deseos y aquel en que la mano de Cecilia parecia deber de colmarlos, ¿acaso no cediste sin trabajo á los consejos de su prudencia? Y con todo, un año es un dilatado término en la vida del hombre, un plazo mas espantoso aun cuando se le compara con la brevedad de la juventud,

con el curso casi intangible de esa edad que el tiempo se lleva tan presto. Pues ahora, otro padre, que es el Padre comun de todos, te impone un plazo de unos cuantos años mas, de unos cuantos meses, de unos cuantos dias quizá, pues la medida de tu existencia tan solo de él es conocida, y no son unos años, no son unos meses y unos dias los que han de pagar este débil sacrificio; mas pródigo para contigo, porque es mas poderoso, te da todos los tiempos que no acabarán nunca. Si él aplaza un instante tu felicidad temporal, no es sino para perpetuarla por entre esos infinitos siglos que apenas son unos minutos de la eternidad. Tal es el contrato en que acabas de obligarte, sin saberlo, con la Providencia, y cuyo fruto puedes recoger mediante una devota sumision á sus decretos. . . . Conformate, hijo mio, con los juicios de Dios, y no los accuses!

— ¡Yo sabré conformarme con su voluntad, respondí con voz firme, y apresuraré su cumplimiento por todos los medios que ha puesto á mi alcance! ¡Si, padre mio, me complazco en pensar que Dios habia bendecido este matrimonio, y creo saberlo de Dios mismo! creo que no me ha separado de Cecilia sino para restituirme la y que no nos ha permitido ser felices sobre la tierra, porque nos reservaba para sí! ¡yo iré tras ella, padre, yo me iré en breve! ¡Yo le pediré á Cecilia y él me la volverá á dar!

— ¡Qué dices, desdichado? gritó mi padre corriendo á mí, ¿no perteneces tambien á tu padre, y quieres apartarte de él? . . .

¡Ay! ¡habíase me olvidado en mi desvario que allí estaba mi padre!

— Tranquillícese usted, dijo el anciano sacerdote apartándole con la mano. No tema usted que en su pensamiento se alojén esos pensamientos desaforados del ateísmo y del crimen. El suicida que des-



V. G. SANDERS.

espera de la bondad de Dios, á Dios calumnia. Hace mas que negarle; pues protesta contra su alma buscándole la nada por refugio, y no encontrará sin embargo la nada, porque el alma no es perecedera. Todo lo que Dios ha criado vivirá siempre, y si Dios pudiese reducir á la nada la criatura que animara con su sepio, la nada sería el castigo del suicida; pero otro le está reservado al suicida: sabrá todo lo que pierde, comprenderá qué bienes habría adquirido con la resignacion y la paciencia, y ya no le quedará que esperar. Los malos esperarán quizá alguna remision en la eternidad; empero no habrá re-

mision para el suicida, que siempre vivirá, siempre, en un mundo cerrado y sin porvenir: ha quebrado con el porvenir y nunca se rescindir á su pacto. Entre Cecilia y su esposo que le habia dado el cielo no habrá mas que un número corto de instantes que se siguen y se borran uno á otro. Hay lo infinito entre Cecilia y el suicida.

—¡Basta, basta, padre mio! exclamé apoyándome en su seno. ¡Viviré pues es preciso! ...

Y esto es lo que me ha hecho vivir.

(Traducido por Edmundo Rosero.)

FIN DE LA NOVENA DE LA CANDELARIA.

LA ESPLÉNDIDA EXHIBICION UNIVERSAL EN LONDRES.

La espléndida exhibicion se cerró el dia 15 de noviembre del presente año de 1851.

El magnífico espectáculo que la Inglaterra ha presentado al mundo entero está pues ya en el dominio de lo pasado.

La magnitud del pensamiento, y la magnitud, el esplendor, la pasmosa variedad del edificio que aquel engendró, así como las pruebas del ingenio del hombre y de la riqueza de las naciones que en este se ostentaron, han pasado, pero no se borrarán jamás de la memoria.

La afanosa industria que atavió con una tan maravillosa destreza el Palacio de cristal, se ocupa ahora en deshacer su propia obra, y en menos tiempo del que se empleó para levantarla quedará destruida.

Como débil memoria del Palacio de cristal damos hoy á nuestros lectores una copia fiel de su vista exterior.

Agregaremos aquí algunos datos auténticos sobre el asunto, y que tomamos de un periódico inglés cuyos redactores están bien informados.

La suma recibida por los comisionados por diversos conductos, asciende á quinientas nueve mil ciento siete libras, cinco chelines, siete peniques esterlines, ó dos millones quinientos cuarenta y cinco mil quinientos veintiseis pesos, tres reales y dos granos, moneda mejicana.

El número total de personas que han visitado la exhibicion asciende á seis millones sesenta y tres mil novecientos ochenta y seis.

El mayor número de concurrencia admitida al edificio en un dia ha sido ciento nueve mil novecientos quince.

El mayor número de individuos reunidos á un tiempo en el edificio ha sido noventa y dos mil.

El número de exhibidores ha pasado de diez y seis mil, entre los cuales se han repartido dos mil novecientas diez y siete medallas de premio y ciento ochenta medallas de consejo.

Mr. Praxton, Mr. Fox y Mr. Cubitt, delineadores y arquitectos del edificio, deben recibir el título de caballeros.

1 Praxton.—2 Fox.—3 Cubitt.

SALSAS

PARA UN GUISADO DE LENGUA CASTELLANA.

III.

NOTA.—Lo que aquí va de letra cursiva, menos los términos de lengua extranjera, es castizo en sí, pero vicioso en su aplicación ó en la acepción que comunmente se le da. Lo que sobre ir de letra cursiva lleva un asterisco (*), no está admitido por la Academia en ninguna acepción. Lo que va de letra redonda es correcto.

*Aeromancia** ó *aeromancia** (adivinanza supersticiosa por las señales ó impresiones del aire): aeromancia.

*Aeromántico** (el que profesa la aeromancia): aeromántico.

*Aerómetro** (instrumento de física): aerómetro.

*Aeronauta** (el que surca los aires en el globo aerostático): aeronauta.

*Aerostata** ó *aerostata** (*aérostat* del francés, *aerostat* en inglés): globo aerostático.

*Aerostatación** ó *aerostatación**; *Aerostática** ó *aerostática** (*aérostation* del francés, *aerostation*, *aerostatics* en inglés): arte aerostática.

*Album** (*album* del francés, *album* en inglés): librito de memoria, cuaderno de música.

*Alucinador** ó *alucinante** (*éblouissant* del francés): deslumbrador, la cosa ó la persona que deslumbra.

Alumbrador, *alumbrante* (lo que alumbraba), no se aplican con propiedad mas que á las personas: luminoso, lucífero.

Apelativo (nombre patronímico): apellido, pues *APPELATIVO* es el nombre propio, como Pedro, Mejico, etc.

Arbitrios (medios de subsistencia).—*Vé* *Recursos*.

Balon (*ballon* del francés): globo aerostático, pues *BALON* es "fardo grande de

mercaderías, pelota de viento de que se usa en un juego que tiene este mismo nombre."

Caballo de batalla, galicismo: el fuerte de una persona, aquello en que tiene mas confianza, prurito.

Camelote (por la planta de cuya flor se hacen en nuestra república flores y otras curiosidades de mucho mérito): camelote (*camalot* del antiguo mejicano), pues *CAMELOTE* es un tejido de pelo de camello y seda.

*Chillante** (aplicado á los colores demasiado fuertes ó mal combinados): chillón.

Desapercibido (*inaperçu* del francés): no percibido, sin ser notado ó visto, pues *DESAPERCEBIDO* vale "desprevenido, desprovisto de lo necesario para alguna cosa."

*Destumbrante**: deslumbrador (para cosas y personas).

*Disímbolo** (lo que no es semejante á otra cosa, *dissemblable* del francés): disímil.

Endeudado (*endetté* del francés): adeudado, pues *ENDEUDADO* es anticuado y vale "obligado."

Exhibición: pago, entrega, pues *EXHIBICION* es "manifestación, presentación de alguna cosa ante quien debe hacerse."

Exhibir: dar, pagar, pues *EXHIBIR* es "manifestar, presentar."

Exponer (*exposer* del francés, *to exhibit* en inglés, presentar ó manifestar): exhibir, pues *EXPONER* vale "explicar, interpretar, declarar."

Exposición (*exposition* del francés, *exhibition* en inglés, presentación ó manifestación): exhibición, pues *EXPOSICION* vale "explicación, interpretación, declaración."

Fascinador, *fascinante* (lo que fascina): deslumbrador, hechicero, engañoso, pues aquellos no son propios sino de personas.

*Filarmonía**, ciencia de la música. *Filarmónico* (músico), el apasionado á la música.

Flojear (ociar): perecer, pues *FLOJEAR* vale *FLAQUEAR*.

Fortuna (*fortune* del francés, por "bienes, riquezas"): hacienda, caudal.

Fusion, (*fusion* del francés, aplicado á ideas, á partidos, á todo lo que no sea un líquido ó un fluido): union, reunion.

Futuro, *futura* (*futur*, *future* del francés, sustantivo, la persona con quien debe uno casarse): novia, futuro esposo.

*Gastronomía** (*gastronomie* del francés): la ciencia de comer regaladamente. —Martínez López abona el galicismo.

*Gastrónomo** (*gastronome* del francés): goloso. —Martínez López abona aquel término.

GENTE. *Una gente* (persona): un individuo ó sugeto, pues *GENTE* es "una pluralidad de personas."

*Inquietante** (lo que inquieta): molesto; *INQUIETADOR* es propio de personas.

*Instintivamente** (*instinctivement* del francés): de ó por instinto.

*Notabilidad**: hombre principal, de pro, sugeto eminente ó distinguido.

*Pensador** ó *pensante** (*pensant* del francés): discursivo.

Prelacia (preferencia ó antelación): prelación, pues *PRELACIA* es "la dignidad de prelado."

Prima (*prime* del francés): premio. —Martínez López legitima aquella voz.

Proporciones (bienes, rentas ó medios de subsistencia) posibles ó posibilidad.

*Realización** (*réalisation* del francés): efectucion (anticuado).

Recalar (llegar): aportar, arribar.

Recursos (medios de subsistencia): medios, pues *RECURSO* es "la acción y efecto de recurrir, vuelta ó retorno, acción que queda á la persona condenada en juicio para poder recurrir á otro juez ó tribunal."

Rechinante (aplicado á los colores fuertes ó mal combinados): chillón.

*Resistidero** (lugar, tiempo y efecto del calor del sol): resistero.

*Romanza** (*romance* del francés): composición musicométrica arreglada para harpa, etc. —Martínez López abona la voz.

*Somreír**, somreirse.

*Tepeescuinte** (animal así llamado): tepeizquite.

*Torromoto** ó *terromoto de tierra*, *terromoto*.

Trasporte (impetu del ánimo, *transport* del francés, *transport* en inglés): arrebatamiento, raptó, enajenamiento, pues *trasporte* (ó *transportacion*) es la acción de llevar ó conducir una cosa de un lugar á otro.

Truncar un libro: descabalar. —*Trunco* ó *truncado**, (incompleto): descabal.

Visual: la vista.

POSTRERAS PALABRAS.

PRONUNCIADAS AL MORIR POR PERSONAJES CELEBRES.

Cabeza de ejército.—NAPOLEON.
A dormir ahora.—BYRON.
No importa de qué suerte descaisa la
cabeza.—SIR WALTER RALEIGH.
Bésame, Hardy. . . . Doy á Dios gra-
cias de haber cumplido con mi deber.—
LORD NELSON.

No rindan el buque.—LAWRENCE.
Que me arca buquen si no creo que me
estoy muriendo.—El canceller TRUKLOW.
¿Esa es tu fidelidad?—NERON.
Apriétame la mano, amigo querido, me
muero.—ALFIERI.

Da á Dayroles una silla.—LORD CHES-
TERFIELD.
Dios guarde al emperador.—HAYDN.
Ya no late la arteria.—HALLER.
Dejen entrar la luz.—GOETHE.
Todos mis dominios por un rato.—La
reina ISABEL.

¡Qué! ¿no hay medio de gobernar á la
muerte?—El cardenal BEAUFORT.

He amado á Dios, á mi padre y la li-
bertad.—MADAMA DE STAEL.

¡Seriedad, señores!—GRACIO.
¡En tus manos, Dios mío!—TASSO.

Es pequeño, muy pequeño en verdad
(abrazándose el cuello).—ANA BOLENA.

Dejadme subir sin novedad, y para ba-
jar, dejadme ingeniarne solo.—SIR TOMAS
MORE, subiendo al cadalso.

No dejen á eso desmañado escudron
tirar encima de mi sepulcro.—ROBERTO
BURNS.

Me siento como si fuera otra vez á ser
yo.—SIR WALTER SCOTT.

Entrego mi alma á Dios y mi hija á
mi patria.—JEPPERSON.

Bien está.—WASHINGTON.
Independencia para siempre.—ADAMS.

Es lo último de la tierra.—J. Q. ADAMS.
Deseo que entiendan ustedes los verda-
deros principios del gobierno. Quiero que
se lleven á efecto. No pido mas nada.—
HARRISON.

He procurado cumplir mi deber.—TAY-
LOR.

No hay una gota de sangre en mis ma-
nos.—FEDERICO V. de Dinamarca.

Hablabas de refresco, Emilia mía; toma
mis últimos papeles, siéntate aquí á mi
piano, canta mis notas con el himno de tu
santificada madre; déjame oír otra vez mas
esas notas que tanto tiempo han sido mi
solaz y mi delicia.—MOZART.

Un moribundo no puede hacer nada con
soltura.—FRANKLIN.

Que no perezca la pobre Nelly.—CAR-
LOS II.

Déjenme morir al sonido de una músi-
ca deliciosa.—MIRABEAU.

MISCELANEA.

PETULANCIA EJEMPLAR.

Para que hasta los tiempos mas remo-
tos se pueda llegar á saber que un hom-
bre llamado Francs Henry (*Fránsis Jen-
ry*, Francisco Enrique) conde de Bridge-
water (*Brich-wátor*, Agua de puente)
existió en el siglo diez y nueve, ha man-
dado aquel que en vasos de cristal grueso,
herméticamente sellados se encierren mu-
chísimas medallas con su busto en una
cara y su nombre y título en otra. Mu-
chas de estas se han mandado á Ingla-
terra, á América y á otras varias partes
del continente para que se depositen en
los cimientos de los edificios públicos, ba-
jo los pilares de los puentes y dentro de
lagos y rios. Uno de los últimos viajes
que hizo á Paris y sus alrededores fué
con el objeto de mandar echar á su vista
una cantidad de dichas medallas dentro
del Sena.

ENTUSIASMO PELIGROSO.

En una de las últimas representaciones
de Otelo en el teatro Real de Londres, el
signor Pardini, arrebatado del entusias-
mo de su papel hirió á la afamada mada-
ma Sontag con tal fuerza con la daga,
que le hizo salir sangre del brazo. Un ci-
rujano que se llamó al punto declaró ser
ligera la herida.

EL CANTO GREGORIANO.

El cantar en las iglesias fué introduci-
do por primera vez en las iglesias católi-
cas en 602, por san Gregorio el Grande,
quien estableció escuela de cantores y cor-
rigió los cantos eclesiásticos: de aquí viene
el nombre de CANTO GREGORIANO.

RICARDO CORAZON DE LEON.

Este rey murió de una herida que re-
cibió de un arcabuz en el sitio de una for-
taleza de Francia. Se ha notado que re-
cibió la muerte con el alma introducida
en la guerra por él mismo contra el gus-
to de los guerreros de entonces, que de-
cian que "antes los valientes pelcaban ma-
no á mano y que en lo sucesivo los mas
nobles y esforzados podian ser muertos
por un cobarde escondido detrás de un
árbol."

ÉPOCAS DE LAS MUJERES.

Dícese que las mujeres tienen dos épo-
cas críticas en su vida: la una es cuando
las solicitan y no saben á quién admitir;
la otra cuando solicitan y no saben quién
las admitirá.

LUIS NAPOLEON.

El actual presidente de la república
francesa, Luis Napoleon, es sobrino del
Emperador, é hijo de su hermano Luis, rey
de Holanda, y de la princesa Hortensia,
hija de la emperatriz Josefina, por su ma-
rido el general Beauharnais (*Boarné*, be-
llo arnés).

DESPOITISMO ATROZ.

El consejo de guerra de Milan (Euro-
pa) ha sentenciado á Frezzi Giovanni, por-
tero milanés, á seis meses de cárcel por
tener en su poder un cañon de fusil, y á
Bonifacio Carlo, operario milanés, á dos a-
ños de trabajos forzados, conmutados por
merced especial en un año de cárcel, por
ser dueño de una espada.

—¡Oh *energía* de los gobiernos monár-
quicos!

UN LECTOR IMPACIENTE.

Lord Thurlow (*Zúroo*) en su retiro se dió mucho á la lectura de novelas, y una vez que se interesó muchísimo en la trama de una, cuyo último tomo no tenía en su casa, despachó á su criado hasta Londres, ya dadas las diez de la noche, para que fuera á traerle, á fin de saber la suerte que corrió la heroína, antes de irse él á la cama.

PIO IX.

El papa actual, Pio IX, nació en 1792 en los Estados pontificios y fué instituido cardenal por su santidad Gregorio XVI el 25 de diciembre de 1839.

LA GOTA.

La indolencia, la *inactividad*, los hábitos relajados de la vida son las causas que mas principalmente excitan la gota; pero el estudio excesivo, los pesares, el mucho velar, el exponerse mucho al frío y el excesivo uso de licores ácidos, tambien la provocan. En algunas personas esta es una enfermedad hereditaria.

CRUADOS DE MALA ÍNDOLE.

Cuidese de no tener nunca una nodriza ó un *caballerango* (caballerizo) de mala índole. Los cocineros son notables por ser de mal genio, pero con ellos no hay mas riesgo que el que echen á peder la comida, mientras los otros tienen en su mano el perjudicar á los niños y á los caballos.

FENIMORE COOPER.

Este afamado novelista angloamericano, autor del *Espía*, del *Ultimo de los Mohicanos*, del *Piloto*, de los *Dos Almirantes* y otras varias novelas muy conocidas y popularizadas todas, nació en Burlington, estado de New-Jersey (Estados- Unidos de América), el 15 de setiembre 1789.

EXHIBICIONES.

La primera exhibición francesa de manufacturas y bellas artes tuvo efecto en 1795.

A LOS AERONAUTAS.

M. Monteulin, de Paris, ha dejado al morir un legado de dos mil pesos para la persona que invente el medio de conducir los globos en línea recta.

EL DESEO DE UNA MONJA.

Un respetable escritor refiere el hecho siguiente:

Cuando estuve en Lisboa, una monja se huyó de un convento. La primera cosa que solicitó con instancias luego que llegó á la casa donde debía de tenerse oculta, fué un espejo. Desde la edad de cinco años habia sido puesta en clausura y desde entonces nunca se habia visto la cara.

LA JUNTA DE NATURALISTAS.

Cuando la comision de la Academia francesa estaba empleada en formar el bien conocido Dicionario de la academia, Cuvier vino un dia á entrar en el aposento donde los miembros de aquella estaban en sesion.

—Celebro mucho ver á usted, M. Cuvier, dijo uno de los cuarenta: acabamos de completar una definición que creemos excelente bajo todos aspectos; pero quisieramos saber la opinion de usted. Hemos estado definiendo la voz *LANGOSTA DE MAR* y la hemos explicado así: *LANGOSTA DE MAR*, pececito colorado que anda para atrás.

—Perfectamente, caballeros, dijo Cuvier: solo haré una pequeña observacion de historia natural, si ustedes me lo permiten. La langosta de mar no es un pez, no es colorada, no camina para atrás. Con estas excepciones la definición de ustedes es excelente.

FATALES EFECTOS DEL CLOROFORMO EN UN OSO.

Uno de los osos pardos del jardin zoológico de Berlín se enfermó de cataratas en un ojo y un distinguido cirujano, ayudado de criados, se determinó á curarle. Bruin (así era el nombre del animal) atraído con un pedazo de pan, fué atado á los barrotes de su jaula. Después de una tenaz resistencia, administrósele por fin el clorofórmo. Ya que estuvo reducido á la insensibilidad, batósele la catarata y desatósele, pero el paciente no dió muestras de vida. Aplicáronsele plumas á las narices, baños de agua fría, y sangrías, todo en vano. El pobre Bruin se habia ido ya adonde la gran tortuga, dos avestruces y el leon africano le habian precedido, pues los directores de los jardines de Berlín están sin remedio muy desgraciados. Fuera del accidente ligero de la muerte del sugeto, la operacion fué hecha con destreza y buen éxito.

RAPIDEZ DEL SONIDO.

El eco de una palabra de una sílaba se repite á cuarenta piés (treinta y tres y tercia varas) de distancia. Todo sonido corre á razon de trece millas (tres y cuatro leguas) por minuto. El susurro mas leve corre tanto como el mas estrepitoso trueno.

LA VENUS DE MEDICIS.

Esta preciosa estatua se halla en el aposento de la galería imperial de Florencia llamado la Tribuna. Dícese que se le encontró en la casa de recreo de Adrian, cerca de Tivoli, en once piezas: llevósele á Florencia por el año de 1680. En el plinto está el nombre y la patria del artista que la hizo: Cleoménes, hijo de Apolodoro de Atenas. La fecha se supone ser la de 200 antes de Jesucristo. No se sabe positivamente ni el paraje ni el tiempo en que se descubrió por primera vez; pero

ya en el siglo XVI estaba en los jardines de los Medicis en Roma. Los franceses llegaron á llevarla consigo á Paris pero la tomaron en 1815. La escultura tiene cuatro piés, once y media pulgadas (medida inglesa) de alto.

EL PRO Y EL CONTRA.

Hay cuatro buenas madres de las que han nacido con frecuencia cuatro hijos desdichados. La verdad engendra al odio; la felicidad, al orgullo; la seguridad, al peligro, y la familiaridad, al desprecio.

LA DENTADURA.

Los dientes no son absolutamente indispensables para lo que es hablar; pero la pronunciaci6n de un hombre cuya boca está desguarnecida de su dentadura no puede ser ni clara ni distinta.

Las personas agradaciadas con buenos dientes deben mirarse en no dar á conocer, cuando hablan, el orgullososo deseo de enseñarlos; pues esto es una especie de fatuidad que da lugar á suponer la mas ridícula vanidad. La buena educacion, de acuerdo con la higiene, exige que estén perfectamente cuidados y conservados los dientes. Un diente ó una muela picada ha descompuesto no pocas veces mas de cuatro cálculos sin que la persona chasqueada haya conocido la verdadera causa de su chasco. Hay cosas que se comprenden y que no se pueden decir.

ENIGMA.

Por muchos sin discrecion
Se procuran ocultar
Dos defectos de pasion
Que no lo pueden estar
Mucho tiempo: ¿cuáles son?

La soluci6n en el número siguiente.

EXPLICACION

DEL ENIGMA DEL NÚMERO ANTERIOR:
EL TIEMPO.

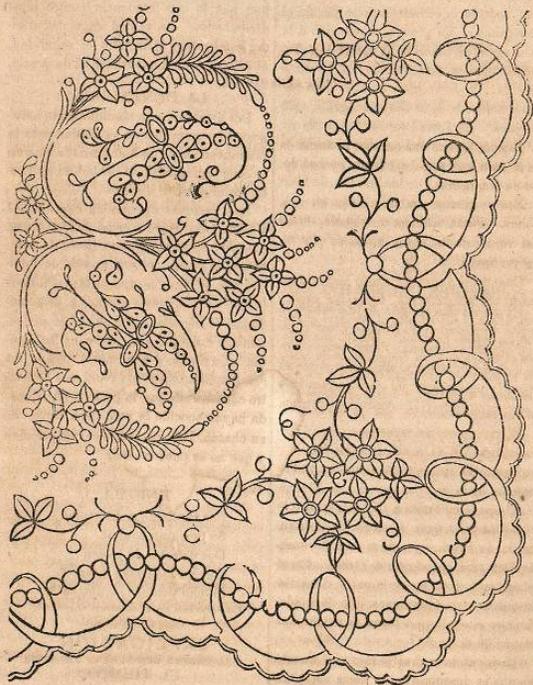
BORDADO.

III.

ESQUINA PARA PAÑUELO.

Materiales.—Hilo francés de algodón propio para bordar, ó seda de color.

Cóbase por encima de las líneas, con puntada al pasado realzada.



EL ANGEL DE LA MUERTE

Y

EL ANGEL DEL SUEÑO.

SUEÑO DE UN PASTORCILLO.

POR KRUMMACHER.

Encontráronse una ocasión el ángel de la muerte y el ángel del sueño en este valle de amarguras.

Era de noche: ambos estaban en una colina. Nada turbaba el silencio, fuera del rumor de las hojas agitadas por un viento ligero.

Cuando el ángel del sueño hubo derramado sus adormideras, todas las criaturas, desde el niño hasta el anciano gustaron un reposo benéfico. Olvidó sus dolores el enfermo, y las congojas de su miseria el pobre; el rico sus desvelos y los afanes de su ambición, y hasta el delincuente sus renormimientos, por un instante.

El buen genio del reposo contempló con satisfacción la naturaleza en que un sosiego profundo había sustituido á la actividad del trabajo.

Y dijo él entonces á su compañero:

—Cuando asome la aurora bendeciránme los hombres como á su amigo y bienhechor. ¡Qué gozo y cuán grande se siente en hacer bien sin ser visto! ¡Cuán felices somos nosotros, mensajeros invisibles de Dios en el cumplimiento de nuestra encomienda de paz!

El ángel de la muerte miró tristemente á su feliz compañero y en sus ojos bri-

llantes y melancólicos brilló una lágrima.

—¡Que no pueda yo, dijo, regocijarme como vos de la gratitud de los mortales!...

¡A mí me maldicen los hombres, yo llevo conmigo la desesperación y las lágrimas!...

—¡Oh hermano mío, no os afijais! respondió el ángel del sueño: poca diferencia hay entre vos y yo. Nadie os teme, fuera de los malvados, pues el hombre que haya obrado bien sobre la tierra ¿no os bendecirá por ventura al recordar en un mundo mejor? Habreis cambiado su vida, su vida terrenal llena de sobresaltos, de dolencias y de pesares en una vida eternamente feliz, llena de gloria sin término. Bendiceñme á mí los hombres porque les hago olvidar sus males durante unas cuantas horas, mientras vos los librais de ellos por toda una eternidad.

El pastor, que se había dormido á la sombra de los corpulentos árboles no percibió mas que estas últimas palabras; pues el día comenzaba á huir y el perro, custodio vigilante del rebaño, había llegado á darle á entender con una caricia que ya era hora de regresar al lugar.

(Imitado del alemán, por P. Viel y traducido para la Semana.)